

Arabismos en el español actual

María Luisa Chamorro González

Universidad de Málaga

1. Aspectos generales de los préstamos procedentes del árabe

Desde la llegada de los árabes a la Península Ibérica en el año 711 y su rápida conquista de la práctica totalidad de la *Hispania* godorromana, se inicia un periodo de estrecha convivencia entre los hablantes nativos del país y los hablantes de dialectos árabes y beréberes.

Ambos pueblos estaban inmersos previamente en situaciones de diglosia, ya que en la escritura y en los registros superiores debían emplear respectivamente el latín y el árabe clásico, lenguas que sólo una minoría dominaba. En una situación similar se encontraban los judíos con respecto al hebreo y, en menor medida, al arameo talmúdico, idiomas literarios y sin uso oral normal¹. Sin embargo, estas lenguas, propias de registros formales, tienen una escasa influencia en la situación lingüística que va a caracterizar a Al Ándalus.

Fruto de la convivencia y del contacto de lenguas entre aquellos dialectos iberorromanos y los dialectos árabes se generan en el habla dos haces dialectales: el romandalusí, reflejo del romance local, y el andalusí, resultante de la interacción de los dialectos árabes de los conquistadores con el primero. Este último fue ganándole terreno al romandalusí hasta hacerlo desaparecer completamente en el siglo XII.

Como consecuencia de esta situación lingüística y social, las lenguas iberorromanas de la Península Ibérica estuvieron expuestas a una

¹ En este apartado introductorio se sigue principalmente el trabajo de Federico Corriente Córdoba (2004).

influencia directa del árabe, hecho que las caracteriza frente a otras lenguas europeas, a excepción de las suritálicas. Junto a esta influencia directa, comparten con las lenguas ultrapirenaicas una influencia indirecta del árabe debida a las relaciones comerciales y militares entre las dos orillas del Mediterráneo, islámica y cristiana, así como a los movimientos de transferencia de obras, tanto científicas como artísticas, que llevaron a cabo los europeos conscientes de la superioridad cultural de los musulmanes.

De este modo, las lenguas peninsulares reflejan la interferencia con el árabe a través de cuatro tipos de arabismos, dos de ellos directos y dos indirectos.

- Arabismos directos:

Existen dos tipos de arabismos directos que se incorporan en dos fases diferentes de la convivencia lingüística entre ambos pueblos:

La primera fase corresponde a la emigración mozárabe a las tierras cristianas del norte de la Península Ibérica, durante el dominio árabe.

La segunda fase, a la *Reconquista* de las tierras de *Al Ándalus* por parte de los estados cristianos del norte, fundamentalmente Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, y al contacto lingüístico con los hablantes de dichas tierras.

- Arabismos indirectos:

Se distinguen también dos tipos de arabismos indirectos: Por una parte, aquellos transmitidos por individuos o grupos de individuos que viajan a tierras del islam por diversos motivos e introducen en su lengua, y en definitiva en la lengua de la Península, voces de sus experiencias y tecnicismos propios de sus oficios (comerciantes, guerreros, embajadores, etc.). Por otra parte, los arabismos empleados en las traducciones, al no encontrar equivalentes en latín o romance a algunos términos árabes.

Junto a estos cuatro tipos de arabismos, podemos observar otros dos de penetración más reciente: por un lado, los términos introducidos por escritores contemporáneos, autores de relatos exóticos, y por otro, los generados por las relaciones político-sociales de España con países norteafricanos, especialmente con Marruecos, o por la prensa al tratar asuntos relacionados con el mundo islámico.

Además de los tipos de arabismos mencionados, cabe recordar que Corriente (2004: 197) habla también de los arabismos morfológicos, aunque estos tienen una influencia mucho menor que los introducidos en el léxico. Entre los elementos árabes insertados en la morfología española destacamos el artículo *al-* que se incorporó a la raíz de los sustantivos españoles de origen árabe, perdiendo su valor de artículo. Sin embargo, el elemento más productivo en el sistema morfológico del español fue *-í*, sufijo de gentilicios y otros derivados de nombres propios árabes. El plural se hace en *-íes*, y es invariable en cuanto al género cuando tiene valor funcional como sufijo.

En algunas palabras en castellano se perdió la conciencia de tal sufijo admitiendo así la marca de femenino, como ocurre con *sandía* o *alcancía*.

Es un morfema muy productivo, aún hoy, en sustantivos relacionados con el mundo islámico y se emplea con frecuencia en la introducción de nuevos arabismos, sobre todo en la prensa. Así pues, es frecuente el uso de vocablos como *iraquí*, *iraní*, *paquistaní*, *marroquí*, etcétera.

2. Análisis de los arabismos en el español actual

Los arabismos, fruto de una larga convivencia entre árabes y cristianos en la España medieval, constituyen un rasgo propio del léxico hispano.

A pesar de que muchos de estos elementos árabes fueron cayendo en el olvido a lo largo de la historia de la lengua, desplazados por otros términos romances o extranjeros o por cultismos latinos, aún hoy gran cantidad de ellos siguen en activo y muchos forman parte del léxico común de la lengua española.

Rafael Lapesa (1991: 133) calcula un total superior a cuatro mil formas sumando al léxico propiamente dicho y sus derivados, más de un millar de topónimos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que no todos estos vocablos provienen directamente del árabe. A menudo, los musulmanes hicieron de intermediarios en la introducción de voces de otras lenguas en el español. Las tomaron como préstamos y las amoldaron a su fonética del mismo modo que lo hizo el español con los préstamos árabes. Los consideramos arabismos, a pesar de proceder originariamente de otras lenguas, porque penetraron en el castellano a través del contacto con los dialectos árabes.

De origen sánscrito, por ejemplo, son *alcanfor* y *ajedrez*; del persa provienen *jasmín*, *naranja*, *escarlata* y *azul*; otros muchos son

helenismos, como *arroz* o *acelga*, y abundan también las palabras latinas, por ejemplo *albérchigo*.

Con este análisis se pretende mostrar el panorama general que presentan en la actualidad los arabismos manejados por Rafael Lapesa (1991: 129-156), cuyo corpus ha sido ampliado con algunos términos recogidos por otros autores como Felipe Maíllo Salgado (1983) o Eduardo Tejero Robledo (1996). Para ello se ha empleado el CREA, *Corpus de referencia del español actual* de la Real Academia Española.

De este modo, vamos a clasificar los arabismos de acuerdo con los distintos campos semánticos por los que fueron integrándose. La selección de dichos campos se ha inspirado en la organización que hace Lapesa y en el trabajo de Tejero Robledo. Se sigue además a Felipe Maíllo Salgado en la división interna de cada parcela nocional.

2.1. Guerra

En este campo semántico se observa con bastante claridad cómo la evolución de la sociedad conlleva una evolución en el léxico que se manifiesta en el desuso y desaparición de muchas formas, así como en la acomodación y la especialización de otras.

La organización de la guerra legó al léxico español un gran número de arabismos. Aún en la actualidad persisten algunos de estos vocablos, aunque muchos han desaparecido y otros tantos han sido relegados a usos muy restringidos.

Las prácticas bélicas han cambiado radicalmente desde la época en que los árabes ocuparon la Península Ibérica y, en consecuencia, muchos de los términos que se empleaban entonces han quedado hoy anticuados. A pesar de esto, gran cantidad vocablos árabes que pertenecieron al ámbito de la guerra han abierto sus fronteras significativas y sobreviven hoy, algunos con gran vigencia, gracias a modificaciones de uso o de significado parciales que han permitido su empleo en otros campos léxicos.

De este modo, el *adalid* que era el jefe militar árabe que planeaba las expediciones anuales contra los reinos cristianos, es hoy el «representante más destacado o cabeza sobresaliente de un partido político, corporación o escuela» (DRAE: *s.v. adalid*).

Esta modificación parcial de su significado permite que este término se emplee con cierta frecuencia en la prensa diaria.

Y Barbet Schroder, antaño un *adalid* del cine europeo (como productor de Rohmer o Riette, como director de *More*, *El general Idi Amin Dada* o *Maîtresse*) y hoy un valor estable del cine americano (*El borracho*, *El misterio Von Bulow*, *Mujer blanca soltera busca...*), ha sido el encargado de la puesta en escena (*La Vanguardia* 1995)².

Algo similar ocurre con *zaga*. La *zaga* del ejército árabe era la retaguardia. Hoy, este término ha adquirido, con este mismo significado, una gran vitalidad en el campo de los deportes, para hacer referencia a la defensa de un equipo.

El Celta intentó recuperarse del golpe buscando la forma de coger las riendas del partido, pero ofensivamente llegaba a los dominios de Calatayud a impulsos y sin orden, a la vez que los andaluces metían el miedo en el cuerpo cada vez que agarraban un contragolpe más por el nerviosismo de la *zaga* céltica que por sus propias habilidades (*La Voz de Galicia* 2004).

En este sentido, *zaga* ha dado además derivados como *zaguero*, el jugador que ocupa la *zaga* del equipo, es decir, el defensa.

Cierto es que aún hoy se mantiene el significado militar de este vocablo, pero esta acepción es mucho menos usual.

El término *atalaya* para designar a los centinelas y escuchas está hoy en desuso, sin embargo, esta palabra en su acepción de ‘espacio alto’ ha dado lugar a gran cantidad de empleos, sobre todo figurados, en la actualidad y ello ha permitido que todavía tenga un uso bastante amplio. *Atalaya* se utiliza frecuentemente para expresar la posición privilegiada de algo, sea esta física o no.

Desde allí nos podremos dirigir hacia el sudoeste a la denominada Tierra de Pinares, a través de sus dunas y lagunazos y después de cruzar el Duero podremos visitar los conocidos páramos vallisoletanos, las tierras altas, desde cuya *atalaya* podremos contemplar la serena belleza de los valles y terrazas del Duero y la Tierra de Campos.

[...]

Desde esa *atalaya* de poder antidemocrático, el Banco de España inicia su comunicado con las siguientes palabras: ‘Los últimos datos de inflación indican que ésta continúa su lenta tendencia descendente’ (*El Mundo* 1995).

² Los ejemplos han sido tomados del *Corpus de Referencia del Español Actual* (CREA) de la Real Academia Española (RAE).

Otro arabismo que penetró en el español dentro del ámbito bélico y que sigue empleándose con frecuencia en la actualidad es *rehén*. Este vocablo, sin embargo, no está ya tan restringido al campo semántico de la guerra, sino que se emplea en muchos otros ámbitos de la vida con el significado general de ‘persona retenida como garantía del cumplimiento de una serie de condiciones’ (cf. DRAE: *s.v. rehén*).

Lo cierto es que hoy día los soldados no luchan con *alfanje* ni se protegen con *adarga* y *almófar*. Tampoco tienen ya flechas que guardar en la *aljaba* o el *carcaj* y el cargamento no va sobre bestias de carga o *acémilas*, sino en camiones. Precisamente a los grandes cambios que se han producido en las prácticas bélicas se debe que estos y otros muchos arabismos pertenecientes a este campo nocional se hayan convertido en arcaísmos o se utilicen tan solo para ambientar una novela o un libro de historia medieval.

Sin embargo, continúan existiendo actualmente cargos militares como el de *alférez* o el de *almirante*, y las armas y otros efectos de guerra siguen guardándose en *arsenales*.

También hoy se siguen narrando viejas y nuevas *hazañas* y se hacen *alardes* de todo tipo, aunque estas dos palabras han ampliado con creces su campo de uso.

2.2. Ciencias, artes y oficios

A pesar del periodo de decadencia que, finalizada la *Reconquista*, vivió la cultura árabe en España y del paso del tiempo, que han hecho caer en desuso muchos de los arabismos que penetraron a través de las artes, las ciencias y los oficios desempeñados por los musulmanes en el apogeo de su cultura, sobreviven hoy multitud de vocablos de origen árabe en el léxico relacionado con estos campos semánticos.

Así, se conservan algunos de los arabismos que sirvieron para designar oficios como el de *albañil* o *alfarero*. Los profesionales de otros oficios sin embargo, como el *alfayate*, el *alfajeme* o el *albéitar*, tras el inicio la decadencia de la cultura musulmana en la Península Ibérica, creyeron ganar en consideración social llamándose respectivamente *sastre*, *barbero* o *veterinario*, nombres de raíz latina más acordes con la cultura de prestigio en la época renacentista, la europea.

Los árabes, un pueblo muy laborioso, legaron al español la palabra *tarea*, que actualmente sigue presentando un uso muy extendido.

Entre los materiales empleados en la artesanía arábiga, se utilizan aún hoy el *marfil*, el *ámbar* y el *azabache* para crear *alhajas* o *abalorios*. Se siguen extrayendo productos minerales como el *azufre* y el *azogue*,

llamado usualmente mercurio, su equivalente de origen latino. Y el *alquitrán* tiene multitud de aplicaciones industriales en la actualidad.

A pesar de la existencia de máquinas de coser, aún se utiliza asiduamente el *alfiler*, y el *algodón* sigue siendo material indispensable en la industria textil pese a la creación de gran cantidad de tejidos sintéticos.

Por otra parte, los europeos, que eran conscientes de la superioridad cultural de los musulmanes, se acercaron a las obras literarias, artísticas y sobre todo científicas de los árabes que consideraron fundamentales. A raíz de este contacto cultural se produjeron préstamos árabes a la gran mayoría de las lenguas europeas, y por supuesto al castellano.

Así pues, del gran progreso que deben las matemáticas a los musulmanes, proceden en español palabras de uso tan frecuente como *cifra* o *algoritmo*.

Sin embargo, del prestigio cosechado por la medicina árabe apenas queda hoy el recuerdo de palabras como *nuca*, *jarabe* y *jaqueca*.

El pueblo árabe destacó principalmente en el arte de la jardinería y la agricultura. A esto se debe el gran legado de arabismos en este campo. Muchos en las prácticas botánicas, dieron nombre a muchas de las plantas, árboles y flores con que adornaban sus palacios. Gran parte de estos arabismos han permanecido en el léxico como nombres vernáculos o comunes de dichas plantas, y aunque no forman parte del léxico estrictamente general, algunos de ellos son conocidos por la mayoría de los hablantes.

Tanto en jardines, como en viveros o simples macetas se cultivan hoy flores y plantas que deben su nombre a los árabes, como las *azucenas*, los *alhelíes* o los *jazmines*, y en muchos estanques todavía pueden verse flotar los *nenúfares*. En primavera se percibe, como entonces, el aroma del *azahar*, y, en plena calle, se pueden ver crecer las *adelfas*. También en la flora silvestre se mantienen denominaciones de origen árabe como *retama*, *jara* y *arrayán* (mirto), así como *aulaga*, *alhucema*, más conocida con el nombre de espliego, o *almoraduj* (*almoradux*), denominación que recibe la mejorana en Andalucía.

En los bosques crecen el *almez*, el *acebuche* y el *alerce*, así como la encina, que a pesar de denominarse con un término de origen latino, ofrece en su fruto un arabismo: la *bellota*. También el *tamarindo* debe su nombre al árabe.

De las técnicas agrícolas de irrigación empleadas por los musulmanes, han quedado como herencia en el léxico español actual los

vocablos *acequia* y *noria*, este último utilizado comúnmente en su acepción de «artilugio de feria» (DRAE: *s.v. noria*).

Se siguen cultivando en las explotaciones agrícolas *alcachofas*, *alubias*, *arroz*, *berenjenas*, *espinacas*, *zanahorias*, *acelgas* y *alfalfa*. Y la tierra sigue produciendo el *azafrán*, el *algodón* y el *azúcar*, desconocidos en Occidente antes de la llegada de los árabes.

En las cocinas españolas el *aceite* está presente en todo momento y en muchas casas se aderezan los platos con un poco de *albahaca*.

Otros nombres arábigos de frutos muy conocidos hoy son la *naranja*, la *sandía*, el *albaricoque*, el *limón*, la *lima* y la *aceituna*.

2.3. Organización urbana y doméstica

El número de arabismos que pertenecen a este campo nocional, a pesar del considerable declive en el uso de muchos de ellos, sigue siendo abundante en la actualidad. Casi todos los términos conservados se emplean con asiduidad en el léxico común y son familiares para la mayor parte de los hablantes.

Como ocurre hoy día, en la época del asentamiento árabe en la Península las casas solían diseminarse en *aldeas*, o bien, se agrupaban en *barrios* dentro de una ciudad. Los *albañiles* se encargaban de levantar los *tabiques* y colocar los *azulejos*, y el saneamiento de la urbe se resolvía mediante las *alcantarillas*.

A la vivienda pertenecen términos como *zaguán*, *alcoba* o *azotea*, palabras empleadas actualmente, aunque cada vez con menos frecuencia.

Del *ajuar* doméstico andalusí provienen muchos de los vocablos empleados en el léxico general del castellano. Así pues, en las cocinas españolas pueden encontrarse *tazas* y *jarras*, aunque es cada vez menos común guardarlas en la *alacena*. Y aunque en algunos casos se use el *mandil* para cocinar, este término está muy desplazado por su equivalente, el *delantal*. Entre los manjares aún se saborean el *atún*, el pescado en *escabeche* y las *albóndigas*, y en la repostería el *almíbar* cumple un exquisito papel.

En el salón de la casa no puede faltar el *sofá* ni en la cama la *almohada*. Además, el suelo de la vivienda sigue cubriéndose con ornamentales *alfombras*.

En el baño son indispensables la *toalla* (v. Pezzi 1995) y el *albornoz*, y la correcta fijación del cabello continúa en manos de la *laca*. Atrás se deja la *jofaina*, desplazada por la comodidad que ofrecen el lavabo y el agua corriente.

De la indumentaria árabe han quedado en el español actual la *bata* —de origen incierto, aunque probablemente proceda del árabe *wadda'* (v. Corominas 1973: s.v. *bata*)— y el *chaleco*. Este último, por semejanza formal, ha dado nombre a otros objetos como el *chaleco* salvavidas, el *chaleco* antibalas o el *chaleco* reflectante.

Finalmente hay que señalar que pocos temas hay tan de actualidad en los últimos años como la subida del *alquiler* de viviendas en España.

2.4. Administración municipal y comercio

En la Península Ibérica se adoptaron instituciones, costumbres jurídicas y prácticas fiscales de los musulmanes, algunas de las cuales continúan formando parte de la administración municipal española. Sin embargo, casi todo el léxico relacionado con este campo ha caído en desuso. Uno de los pocos términos que se conservan y que es conocido por el grueso de los hablantes es *alcalde*, pues es el nombre que aún hoy recibe el ‘presidente del ayuntamiento de cada pueblo o término municipal’ (DRAE: s.v. *alcalde*).

En relación al comercio se conserva una mayor cantidad de arabismos en el español actual. Las *aduanas* controlan el tráfico internacional de productos que se importan y exportan y cobran los *aranceles*. Y la subida de las *tarifas* sigue siendo una preocupación que alcanza a la mayoría de los ciudadanos.

Cierto es que el término *zoco* tiene un uso poco extendido en relación a su equivalente latino *mercado*, y que unidades de medida como el *quintal*, la *arroba* y la *fanega* o el *celemín* y el *azumbre* han sido sustituidas por el *gramo* o el *litro*, pertenecientes al Sistema Métrico Decimal, de uso internacional.

Sin embargo, son de herencia árabe otros términos tan usuales como *almacén* o *avería*. También es arabismo la palabra *caravana* (v. Corriente 1999), que ha ampliado sus significados con el desarrollo de la industria automovilística, dando lugar a dos nuevas acepciones de la palabra:

Hilera o conjunto de hileras de vehículos que, por dificultades en la carretera, avanzan lentamente y a veces con frecuentes retenciones; Vehículo acondicionado para cocinar y dormir en él, con motor propio o remolcado por un automóvil (DRAE: s.v. *caravana*).

2.5. Ocio y vida social

Fruto del ocio y las relaciones sociales, penetró en español un variado elenco de voces árabes. La mayor parte de las que se conservan hoy en día pertenecen al léxico general. Algunas se emplean principalmente en el lenguaje coloquial, lo cual indica una gran vitalidad de uso.

Una de las principales actividades de ocio del ser humano han sido siempre los juegos de *azar*. El *ajedrez*, uno de los entretenimientos más populares del mundo, sigue colmando las tardes ociosas, como lo hacía entonces. De este juego, conocido en la Península gracias al pueblo musulmán, proceden arabismos como *alfil*, «pieza grande del juego del ajedrez, que camina diagonalmente de una en otra casilla o recorriendo de una vez todas las que haya libres» (DRAE: *s.v. alfil*), o expresiones como ‘jaque mate’, que en persa significa ‘el *sha* (rey) ha muerto’. La palabra *jaque* ha dado lugar a otras expresiones como ‘poner en jaque’ o ‘dar jaque’, empleadas fuera ya del ámbito del juego.

Entre las manifestaciones de alegría, proceden del árabe *alborozo*, *algarabía* y, más conocida aún, *carcajada*. Y, de entre la amplia variedad de colores que puede observar el hombre a su alrededor, son arabismos el *azul*, el *añil*, el *escarlata* y el *carmesí*.

La *gaita* y el *laúd*, que animaban los festejos medievales, son cada vez menos conocidos. Frente a esto, cada día está más en *auge* el uso de la *guitarra*.

Un entretenimiento muy extendido entre la población es el consumo de *hachís*, como puede comprobarse en la prensa diaria. Y es que no todas las actividades de ocio son tan favorables para el hombre. Esto ocurre también con las relaciones sociales. Palabras como *asesino* o *asesinato*, de origen árabe, son un claro ejemplo de ello.

Otros términos, también negativos, como *mazmorra*, *azote* o *ralea*, cada vez son menos empleadas por los hablantes de español, y están quedando relegadas a usos muy restringidos, especialmente a la literatura y la historia. Caso similar es el de *alcahueta*.

Tampoco abundan los adjetivos procedentes del árabe y la mayor parte de los que penetraron en español han sido prácticamente desechados. Ejemplos de ello son *mequetrefe* o *mamarracho*. Algo más extendido es, sin embargo, el empleo de *mezquino*.

Relativamente general es la utilización de palabras como *fulano* o *mengano*, empleadas «para aludir a alguien cuyo nombre se ignora o no se quiere expresar» (DRAE: *s.v. fulano*).

Asimismo, son arabismos las interjecciones como *ojalá*, *hala* y *guay* (v. Lapesa 1991): 138), muy frecuentes en el español coloquial, y expresiones como 'en *balde*', 'en vano' (v. DRAE: s.v. *balde*) o 'de *balde*', 'gratuitamente' (v. DRAE: s.v. *balde*; Lapesa 1991: 138). También procede del árabe la preposición *hasta*.

En definitiva, incluso al final de la vida del hombre nos encontramos con un arabismo: *ataúd*.

2.6. Toponimia

Encontramos una gran cantidad de topónimos árabes en todas las zonas de la Península, que estuvieron bajo el dominio musulmán. Pero abundan especialmente en aquellas donde la *Reconquista* llegó en época tardía como el litoral valenciano, Andalucía y algunas zonas de Castilla.

En este campo léxico, la gran mayoría de los arabismos permanece con gran vigencia debido a que los nombres propios de ciudades, ríos o montes no están sujetos a las modas y una vez generalizados no suelen cambiar. Así, los topónimos árabes que sobrevivieron a la *Reconquista* han permanecido casi inmutables hasta hoy.

Algunos ejemplos son *Algeciras* 'la isla', en Cádiz; *Medinaceli* 'ciudad de Sélim', en Soria; *Calatayud* 'castillo de Ayub', en Zaragoza, o la *Mancha* 'altiplanicie'.

En la toponimia hispánica de origen árabe son frecuentes los compuestos de *wadi* 'río' como *Guadalquivir* 'río grande'; *Guadalén* 'río de la fuente'; *Guadalmedina* 'río de la ciudad'; *Guadalajara* 'río de las piedras', y los híbridos arabigorrromances con el mismo prefijo como *Guadalcanal* 'río del canal'; *Guadalupe* 'río del lobo'. Son igualmente abundantes los compuestos de *ğabal* 'monte' como *Gibraltar* 'monte de Tarik' y el malagueño castillo de *Gibralfaro*, o construcciones con *hisn* o *hasn* 'fuerte o castillo' como *Iznájar* 'castillo alegre'.

Conclusión

Tras esta visión un tanto general del panorama actual que presentan los arabismos del español, podemos concluir que, a pesar de que muchos han ido a parar al venerable arcén de los arcaísmos, conservados únicamente en la memoria de los eruditos, o han sido desterrados al habla rural o regional, los arabismos aún constituyen un rasgo original de la lengua española, reflejo de la prolongada convivencia de cristianos, musulmanes y judíos en la España medieval. Como se ha podido observar, muchos forman parte del léxico general y se emplean con gran

frecuencia en el lenguaje más cotidiano. Prueba de esta vitalidad es la gran cantidad de derivados que generan y las continuas creaciones de nuevas acepciones a las que están sujetos.

Bibliografía

- Corominas, Joan (1973): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Corriente Córdoba, Federico (1999): *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*. Madrid: Gredos.
- (2004): «El elemento árabe en la historia lingüística peninsular: actuación directa e indirecta. Los arabismos en los romances peninsulares (en especial, en castellano)», en: Cano Aguilar, Rafael (coord.): *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel, 185-206.
- Lapesa, Rafael (1991): *Historia de la lengua española*. 9ª ed. Madrid: Gredos.
- López González, Ginés (2006): *Los árboles y arbustos de la Península Ibérica e Islas Baleares*. Madrid: Mundi-Prensa.
- Maíllo Salgado, Felipe (1983): *Los arabismos del castellano en la baja edad media (consideraciones históricas y filológicas)*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Pezzi, Elena (1995): *Arabismos: estudios etimológicos*. Almería: Universidad, Servicio de Publicaciones.
- DRAE = Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, <http://buscon.rae.es/draeI/> [fecha de consulta: marzo de 2008].
- Real Academia Española: *Corpus de referencia del español actual*, en: <http://corpus.rae.es/creanet.html> [fecha de consulta: enero de 2008].
- Tejero Robledo, Eduardo (1996): «Arabismos en la lengua castellana: pretexto para el reencuentro magrebí», en: *Didáctica (Lengua y literatura)*, <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=148691> [fecha de consulta: enero de 2008].